

## LA CONDUCTA DEL EJEMPLO

No solía ser una persona imaginativa, soñadora, ni un ser envuelto en un mundo novelero y El amanecer activó La Bajadilla con un movimiento intenso de piernas y voces. Algunos gritaban a sus redes vacían y maldecían los designios divinos que así las había querido. El sacerdote abrió los ojos e inmediatamente el mareo que sintió hizo que los cerrara de nuevo. No había visto al rufián que lo había acompañado durante la noche. Seguramente seguiría dormido; él no tenía que madrugar para visitar la sacristía ni vigilar que Merceditas limpiase bien la estancia. Volvió a abrir los ojos, esta vez más despacio y vio a Adolfo. Aquel pecador insalvable estaba roncando. De las dos mujeres, no había rastro. Miró a lo lejos y muchos ciudadanos ya habían comenzado su jornada dando un paseo largo por el malecón tan bonito que ofrecía la ciudad. Su vista alcanzaba el edificio del antiguo Marbell Center y don Juan suspiró al ver la prueba irrefutable del paso del tiempo. Decidió dirigirse al oeste para alcanzar el edificio y subir por la avenida Nabeul hacia la calle Peñuelas y llegar a su parroquia. *Rezaré por ti, Adolfo. Aunque no servirá de nada. Y también rezaré por mí, que servirá menos todavía.* El oleaje era suave y las extranjeras más madrugadores enseñaban cincuenta kilos de cuerpo al sol temprano de julio. El viento suave de la mañana abrazaba las cascadas de oro que danzaban con su canto y la luz del sol intentó adelantar el reloj para ganar intensidad y poder competir con las sonrisas foráneas. Don Juan tardó cuarenta y tres minutos en recorrer trescientos metros de paseo marítimo. Al llegar a las escaleras, volvió a mirar a la arena llena de piedras. ¿Cómo podían decir aquellos pecadores, amantes de la lujuria, que el Jardín del Edén era aquellas playas rocosas de aguas sucias, contenedor de una población maleducada y descuidada? ¿Acaso no veían las piedras? ¿Dónde decía el Génesis que Eva pisó una piedra con su pie desnudo? Perdió once minutos más mirando a aquella chica de veinticinco años entrar en el agua y zambullirse de golpe como si fueran sirenas paganas de los mares que Ulises recorriera de vuelta a Ítaca. La joven salió y el agua resbalaba por sus caderas y muslos y hacía brillar el bikini azul con la luz del sol. Don Juan negó con la cabeza y subió las escaleras. Maldijo la publicidad engañosa de las agencias de viajes al alabar las bondades de las playas de la Costa del Sol. Cuando llegó frente al edificio, miró al banco que estaba junto a la baranda negra y vio a una joven de veintitrés años leyendo *Once minutos*. La joven tenía sus pupilas verdes turquesas fijas en las páginas y su cabello largo y negro se movía hacia los lados al compás de los movimientos de negación que hacía con la cabeza. Miró el reloj y vio que había perdido once minutos mirando a la sirena nórdica —y pagana, pensó, mirando al cielo—. La joven se descalzó la manolita roja y puso su pierna izquierda bajo el muslo derecho sin quitar ojo de las páginas. *Merceditas está a punto de llegar, tengo que llegar a la parroquia antes que ella o tendré que dar explicaciones. Esa vieja insolente tiene el don de hacer preguntas comprometedoras...*

Pasó por la Avenida Puente Málaga y observó que la churrería ya había dejado bolsas de basura enormes fuera de las bocas de vertido de las islas ecológicas que habían venido a sustituir a los contenedores de siempre y a mejorar, según palabras de los responsables políticos, la imagen de limpieza de la ciudad. Pero a ojos de don Juan, estas plataformas tenían más bolsas de basura que el suelo donde descansaban los contenedores *¿Desde cuándo no le dan a este sitio la Escoba de Oro? ¿La seguirán dando? Ya ni se escucha eso...* Un chico de dieciséis años pasó por la plataforma de la isla y arrojó una bolsa de esas que cuestan dos céntimos en el Mercadona en ella sin ni siquiera abrir la boca de vertido. Llevaba una gorra negra, su oreja izquierda lucía cuatro anillos, y dos auriculares lo separaban del ruido real del mundo y lo metía en una esfera artificial donde don Juan suponía que se encontraba más a salvo. Empezó a ascender la calle Peñuelas hasta la Iglesia de la Divina Pastora. El sacerdote encontró un alivio inexplicable caminando por esa calle de una barriada obrera del lugar donde había vivido los últimos 25 años. Escuchaba en boca de muchas personas que acudían a la eucaristía diaria que el pueblo había cambiado demasiado en tan poco tiempo y una diversidad de opiniones que se enfrentaban naturalmente, dependiendo de las preferencias de sus propietarios. Pero

en aquella calle seguía el mismo taller de costura, a la derecha, la misma casa de los ancianos a la izquierda, la tienda de fotos, la panadería, la caja de ahorros y el banco, las mismas casas antiguas de la calle El Palmar, el aspecto antiguo de la calle Boquerón y si no fuera por la diversidad racial que apreciaba, podía haber asegurado que paseaba por el mismo lugar que hacía veinte años. Incluso la tienda de calzados Millán aguantaba el envite de los centros comerciales grandes que absorbían la actividad comercial de Marbella. Y por primera en aquel día, desde su amanecer resacoso, el sacerdote lució una sonrisa en sus mejillas rechonchas y sonrojadas. El autobús de la línea 1 no respetó el paso de peatones en el que don Juan había puesto un pie y dio un respingo hacia atrás, maldiciendo y blasfemando como si de repente, hubiera olvidado los principios de la fe y dando a la sonrisa de antes una duración más que efímera. Entró en la parroquia y suspiró al ver el uniforme de Merceditas en la percha. Don Juan fue directamente hacia la sacristía sin pararse frente al sagrario, cosa que hacía cuando algún fiel oraba en silencio o miraba al hijo del Redentor colgar de la cruz y abrió la puerta. Subió las escaleras con esfuerzo y jadeando, llegó a una sala mediana y bien iluminada donde guardaba sus hábitos de oficio. Pero no estaba solitaria. Y no era sólo una persona...

Aquel rostro le sonaba de algo... Tan hermosa... Y lo recordó. Recordó aquella noche, hacía un par de semanas, cuando bajaba por la calle Castillo hacia la fuente del Caballo, oír un motor rugir con fiereza y ver un vehículo negro sin capota alejarse al doble de la velocidad permitida por la avenida Ricardo Soriano y sin tiempo a que se apagase el eco del rugido, escuchar el llanto desgarrado de alguien. Entre la librería Mata y la Cafetería Confitería El Greco, una mujer vestida de azul cielo, con el cabello negro tan largo como corta era su falda, lloraba sentada en el suelo con la espalda apoyada en la pared. El dolor del llanto era tan intenso como la belleza de las estrellas sureñas, pero don Juan más que en el dolor del llanto, se acercó embriagado por el aroma a jazmín dorado cultivado en el taller de perfumería más selecto de París.

—Hermana, ¿a qué se deben tus lágrimas?

La mirada esmeralda de aquella mujer robó el miligramo de aliento que le quedaba al sacerdote y el sonido angelical de la voz que le respondió, bajó la única neurona que le quedaba en la cabeza hasta el centro de su cuerpo que crecía a favor de la voluntad de su dueño.

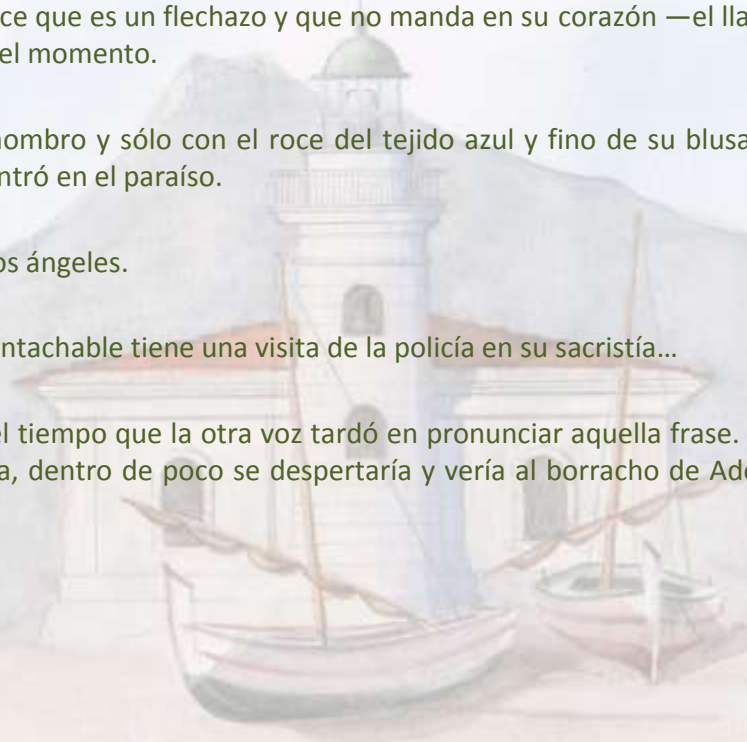
—Íbamos a casarnos la semana que viene... Y esta noche, mientras cenábamos, ha visto a una mujer más bonita que yo y se ha ido con ella, dice que es un flechazo y que no manda en su corazón —el llanto volvió a convertirse en la banda sonora del momento.

Don Juan le puso una mano en el hombro y sólo con el roce del tejido azul y fino de su blusa, el sacerdote cruzó el umbral del mundo y entró en el paraíso.

—Dios maldiga a quien hace daño a los ángeles.

—Vaya, vaya, don Juan, el sacerdote intachable tiene una visita de la policía en su sacristía...

La sangre del sacerdote se heló en el tiempo que la otra voz tardó en pronunciar aquella frase. No, no podía ser. Tenía que ser una pesadilla, dentro de poco se despertaría y vería al borracho de Adolfo roncar cerca de él.



—No, Juanito, no vas a despertar junto a Adolfo, que hizo el favor de sacarte anoche de juerga. Y ahora atrévete a negar que poseíste a María hace un par de semanas.

¿María? Había caído en la trampa como un lelo. Lo más paradójico de todo era que el motivo que había derramado el volcán de su vida desordenada, se llamaba como la madre de Jesús. ¡Claro! Dalila. La mujer que traicionó a Sansón...

—Mira que eres lerdo, Juanito. Te lo pusimos muy fácil, el nombre de una traidora, encontrarla entre un lugar para ejercitar la gula con el nombre de un gran pintor y una librería donde cultivar el alma. Y cuando viste aquel monumento, se te olvidó todo lo aprendido y pensaste con el centro del cuerpo, cosa que haces constantemente. El obispado sabía de sobra tu vida desordenada, pero queríamos saber hasta qué punto te importaba los hábitos de los sacerdotes. Y ya lo sabemos. Siempre me negué a nombrarte sacerdote. Supe desde primera hora que no valías para esto y que gente como tú es la que le hace daño a la fe.

—¿Por...?

—Oh, Juanito, deja acabar. No existe el plan infalible, ¿sabes? Resulta que tu pecado sembró algo en María y es de justicia, divina y terrenal, que asumas tu responsabilidad. De lo contrario, este agente tan amable no tendrá más remedio que hacer su trabajo. Sé que no es el procedimiento, Juanito. Sé que esto tiene que ir más lento, pero como tu proceder tampoco es el adecuado, nos hemos saltado algunos pasos.

—¿Qué propones?

—Abandona la Iglesia, y espera a que consideremos una cantidad adecuada como manutención. ¿Prefieres que vayamos a un juicio civil?

—No. Haré lo que digáis —don Jun salió de la sala.

—He tardado mucho, pero por fin ha pagado haberse quedado con esta parroquia —dijo don Andrés sonriendo con malicia.

El policía se quitó el uniforme y cogió el sobre que don Andrés le tendía. Sonrió y con un gesto de despedida, dijo:

—Gracias, don Andrés. El Ferrari me espera. Puede usted besar a la novia —se marchó.

María y don Andrés, aprovechando el instante de intimidad, se besaron con ansia.

**Juan José García Criado**

Marbella (Málaga)

7º finalista del II Concurso de Relatos de Marbella Activa.

